

## *A los miembros de la Congregación de la Misión*

Queridos cohermanos:

¡La gracia y la paz de Nuestro Señor Jesucristo llenen sus corazones ahora y siempre!

### **Una historia de Navidad**

Me gusta leer historias y me gusta contarlas. Cuando estoy en casa visitando a mi familia, mis sobrinas y sobrinos siempre están deseando escuchar algunas de las historias que invento para entreternerles. Intento contarles una historia que tenga un buen mensaje moral, tomando algo que habitualmente puede causar miedo y convirtiéndolo en una historia con un final feliz y tranquilo. Así, contando una historia, es como me gustaría hablar de nuestra preparación de este año para el Adviento.

Mi historia es sobre mi primera Navidad en las montañas de Panamá en 1986. Nunca olvidaré la experiencia. Comenzó con una celebración de la Eucaristía en una escuela con una sola aula, en lo alto de una montaña. No había decoración alguna. El altar era la mesa del profesor y los bancos de la iglesia eran los de los alumnos. A pesar de no haber ninguna decoración, ni flores para hablar de la felicidad de la Navidad, ni luces para iluminar el ambiente, aquella alegría y luz refulgían en todo momento en las caras de las personas que participaban en la Eucaristía. Yo hablaba con mucha sencillez, porque apenas podía hablar y entender el español. Todavía me recuerdo perfectamente intentando comunicar que celebramos el hecho de que Dios, ahora de una manera especial, está entre nosotros; que la Palabra de Dios, Jesucristo, se ha hecho carne y que nosotros tenemos que hacer eso en la realidad cotidiana, especialmente en nuestro modo de tratar con los otros, en familia y en comunidad.

Después de la Misa bajé de la montaña y entré en la oscuridad conducido por el laico responsable de la aldea, sin saber a dónde me conducía, y sólo guiado por la débil luz de una linterna, atravesando arroyos, entre la maleza, subiendo y bajando colinas hasta llegar finalmente a una pequeña choza de aldea. Fuimos a la parte posterior de la choza donde había un cobertizo provisional, con bancos de bambú en su interior y, en una esquina aparte, una mesa llena de comida para compartir juntos. Comimos una comida sencilla, arroz con pollo. Bebimos una bebida de maíz casera y escuchamos música

típica de Panamá en un transistor. La gente charlaba y estaba contenta. Me hacían preguntas y reían mientras yo intentaba hablar y responder a sus preguntas y peticiones. Cuando acabamos de comer juntos, comenzó la música y bailamos. Aquella noche volví a casa muy tarde, atravesando otra vez bosques y arroyos, subiendo y bajando colinas en medio de una profunda oscuridad y guiado por la tenue luz de una linterna. Al día siguiente, me desperté y recordé: ¡Hoy es Navidad! Esta vez no había juguetes para los niños, ni intercambio de regalos. En cierto sentido, era sólo un día como otro cualquiera, excepto en que la gente no tenía que trabajar. Simplemente se sentaban y disfrutaban de la presencia del otro. Tras desayunar con ellos — una taza de arroz con un estupendo huevo encima — me fui a caballo a la aldea vecina para celebrar la Eucaristía de Navidad con la gente del lugar.

Siendo sincero, tengo que decir que fue la mejor Navidad de mi vida. También he pasado otras buenas navidades — y espero compartirlas en los próximos años — pero ésta fue la mejor. Aquella Navidad me habló mucho de lo que realmente es el Adviento: un tiempo de alegría, de caminar en la oscuridad guiados por la luz de la Palabra del Señor, un tiempo para hacer más profundo nuestro sentido de comunidad, un tiempo para ser familia con nuestros amigos y vecinos, para compartir en torno a la mesa: la mesa de la Eucaristía y la mesa en la que nuestro mejor plato consiste en sentarnos juntos con toda sencillez. Es un tiempo para reír y para preguntar. Es un tiempo para responder a las preguntas que surgen de lo profundo de nuestro corazón mediante la Palabra de Dios que escuchamos y mediante la experiencia del sufrimiento de los pobres en los que Dios nos habla a grandes gritos. Es un tiempo para celebrar. Es un tiempo para bailar y ser libres, un tiempo para dejarlo fluir. Es un tiempo para volver a casa. Es un tiempo para estar tranquilo, para aflojar el paso, para estar solo. Es incluso un tiempo para estar en soledad sin miedo a la soledad y aprendiendo a amar más profundamente nuestro propio ser y a amar a Dios que nos sale al encuentro en los momentos silenciosos de la vida y en lo profundo de nuestro corazón. Es un tiempo para escuchar. Es un tiempo para rezar.

El Adviento es también un tiempo para reflexionar, sobre todo, en la Palabra que se hace carne y habita entre nosotros. Cantamos al Emmanuel: Dios está con nosotros, eligiendo ser como nosotros para que podamos ser como Él, asumiendo nuestra humanidad para que podamos asumir su divinidad. La encarnación fue un tema muy querido al corazón de San Vicente. Es un tiempo para recobrar el sentido verdadero de la Navidad buscando formas alternativas de celebrarla y huyendo del materialismo. En realidad no existe ninguna necesidad de regalos materiales, ni tampoco de juguetes para los niños. Ya tenemos el regalo más importante: la Palabra hecha carne,

el don de la Eucaristía, Dios con nosotros en cuerpo y sangre. También tenemos el regalo de la presencia mutua, de la música en común y de las risas compartidas, el regalo de la naturaleza que contemplamos. Tenemos también el regalo de la oscuridad que se disuelve en la luz, el regalo de la soledad que nos conduce a la intimidad con el Dios que habita en lo más profundo de nuestro ser. El Adviento es el tiempo de prepararnos a la alegría de celebrar que Dios está eternamente con nosotros.

Les ofrezco esta historia de Navidad para su reflexión personal en este maravilloso y misterioso tiempo en el que Dios desea hablar-nos al corazón, cambiar nuestras vidas, unirse con nosotros, salir a nuestro encuentro y curarnos de todas nuestras debilidades, derramar luz sobre nuestras fuerzas y unirnos estrechamente para que podamos tener la fuerza y el coraje de ir juntos adelante, en medio de la oscuridad, guiados por su luz omnipresente.

Reflexionen sobre sus historias de Navidad y compártanlas en comunidad. Recuerden los momentos más significativos: aquellos que tocaron su corazón, los que les impulsaron a alabar a Dios, los que fortalecieron su deseo de servir más profundamente a quienes nos muestran el verdadero sentido de la vida. Pues es entre los que saben qué es la verdadera religión, entre nuestros hermanos y hermanas, los pobres, como lo afirma claramente San Vicente, donde llegamos a conocer a Dios, donde llegamos a vivir a Dios y llegamos a amar a Dios, a nuestros prójimos y a nosotros mismos.

Su hermano en San Vicente,



G. Gregory Gay, C.M.  
*Superior General*